

Historia social y fuerza de trabajo durante la Revolución

José María Calderón

El objetivo de esta ponencia es formular diferentes consideraciones alrededor de una historia social del proletariado industrial,¹ entendido como un conjunto de fuerzas sociales que el proceso industrial proletariza —separa de sus medios de producción— y arrastra dentro y alrededor de la fábrica. Asimismo, se abordará el problema de esta historia del proletariado dentro de las condiciones materiales y subjetivas que hacen posible, en México, la construcción de su propia cultura, es decir de sus propias referencias valorativas² y sus propios códigos de entendimiento, a partir de su situación común *dentro y fuera* de la fábrica.

En estas consideraciones incluiremos el proceso de formación de las organizaciones obreras, entendidas como medios de unificación y expresión de sus intereses frente a su antagonista de clase (el patrón capitalista) y frente al estado, cuya figura va transformándose en la transición histórica de 1908 a 1920.

Un lugar importante lo ocupa, pues, nuestro interés por mostrar las dimensiones culturales del proletariado industrial, así como su capacidad para influir en o hegemonizar a otros sectores del proletariado y/o del resto de la sociedad.

El capitalismo mexicano y la centralidad de la clase obrera

Para dar respuesta a estas preguntas, adqui-

ren fundamental importancia tanto la teoría interpretativa del desarrollo capitalista y por lo mismo el papel de las clases en los procesos de cambio social, como las teorías interpretativas sobre el papel de la organización obrera y sus relaciones con la problemática obrera dentro y fuera del proceso productivo.

Lo que estamos proponiendo es pasar de una historiografía de las élites y las instituciones, a una que coloque a la clase en el centro de la investigación como fuerza de trabajo y como clase obrera, es decir como momento *sine qua non* de la producción y reproducción capitalista (como capital variable); como momento *sine qua non* de la transformación y cambio de las relaciones de producción capitalista, como clase *económica* y como clase *política*. Se trata de situar a la clase obrera no simplemente en su objetividad sociológica ni en su subjetividad psicológica, sino más bien aprehenderla en su condición específica dentro y fuera del proceso productivo analizando en ella su crecimiento objetivo y organizativo, así como también su percepción de las demás clases y fuerzas sociales actuantes en la sociedad y la forma en que dispone su relación con ellas (mediante alianzas, antagonismos, contradicciones, alcanzando posiciones hegemónicas o subalternas, etcétera).

La necesidad de redefinir el concepto de clase se coloca en un primer plano por la exigencia de encontrar una respuesta a ciertas manifestacio-

nes sociológicas que periódicamente tienden a decretar la desaparición objetiva de la sociedad de clases y que, por lo tanto, teorizan la obsolescencia de las políticas que colocan el problema de la centralidad de clase en el epicentro de sus preocupaciones tácticas y estratégicas. Además de la definición de clase y la forma de conceptualizar su articulación en el conjunto de las relaciones sociales, económicas y políticas, en suma las relaciones sociedad-estado, se derivan una serie de consecuencias teóricas y políticas insoslayables, pero sobre las cuales no es éste el lugar idóneo para tratarlas.

El punto que interesa discutir es precisamente el siguiente: el papel y la función del proletariado industrial, del proletariado de fábrica en el desarrollo del capitalismo mexicano y las peculiares características que asumió durante y después de lo que ahora se llama la Revolución Mexicana.

Se ha discutido y se discute si el proletariado industrial fue o no revolucionario. La discusión es vacua y formal si no toma en cuenta, en su punto de partida, el análisis de las formas de lucha y de los diferentes intentos por construir organizaciones y movimientos que colocaron al proletariado fabril en una perspectiva de poder. En el mismo sentido, la discusión es igualmente intrascendente y formal si no cuenta con una teoría del desarrollo capitalista en donde se coloque y explique la estrategia de la acción política de los trabajadores asalariados.

México 1908-1919:

una revolución dimidiada

En este proletariado, el fabril, el que más que ningún otro sector de la sociedad mexicana sintió el impacto de la "revolución industrial",³

de sus condicionamientos y mistificaciones, experimentando las distintas variedades cualitativas y cuantitativas de la explotación capitalista, el autoritarismo patronal —*en* la fábrica— y el autoritarismo político —*fuera* de la fábrica. Independientemente de su expresión cuantitativa (representaba el 13% de la población económicamente activa de México en 1910), desde un punto de vista cualitativo (su papel político, su capacidad organizativa, sus demandas y luchas) obliga a una consideración y a un análisis más puntual.

En las puntas obreras del México de los inicios de la segunda década del siglo XX, independientemente de la rama de producción, se desarrollaban las relaciones sociales más avanzadas del capitalismo mexicano. La revolución agraria, el movimiento que tenía como escenario los campos, pugnaba por el regreso a la comunidad indígena o por la afirmación de la pequeña propiedad rural productiva. Mientras tanto, en las fábricas se había abierto ya el debate en pro de la organización, el salario, el derecho a la huelga, la no discriminación de los trabajadores mexicanos frente a los extranjeros, el rechazo al paternalismo fabril y la lucha a favor de una reglamentación del trabajo de niños y mujeres en la industria. En el México de los albores del siglo XX se abren dos revoluciones: la de la tierra, por un lado, y la fabril, por el otro; es decir, la de la afirmación de los derechos individuales, aparte, y la de la instauración de los derechos sociales; la de los campos y la de las ciudades; la campesina y caudillista y la obrera y organizacionista.

Del estudio de esta "otra revolución" se puede entender mucho de la campesina y caudillista, de la que "venció" en su impacto épico y heroico sobre el arte y el periodismo, sobre las formas más vistosas de hacer política y sobre la

literatura y la cinematografía; pero que, para ser rigurosos, fue la gran derrotada. Fue, en gran medida, una revolución "sublimada". El movimiento campesino de Villa y Zapata fue derrotado a mediados de 1915; lo que se presentó después nunca tuvo el alcance programático, militar y territorial del Pacto de Xochimilco. Por otra parte, de los caudillos que pulularon a lo largo y ancho de las entidades federativas que vivieron la Revolución, sólo quedó uno: Obregón, y en 1928 fue dominado por la fuerza de la racionalidad del institucionalismo callista, enmascarado bajo el irracionalismo religioso de José de León Toral.

Así, la "otra revolución", la de las fábricas, menos visible quizá, fue paulatinamente dejando sus larvas, primero, en el cuerpo del viejo orden porfirista y, después, en los nuevos regímenes de la Revolución, conformando e imponiendo un complejo sistema de relaciones formales e informales. El movimiento de las fábricas —dentro y fuera de ellas— no alcanzó nunca "la sublimación" de los movimientos campesinos. No fue un movimiento de grandes héroes. Flores Magón, el más popular de toda su hagiografía, había alcanzado innovadores niveles de radicalización ideológica y sufrido una vigorosa persecución policiaca que lo desvinculó⁴ de un movimiento desigual, heterogéneo, "reformista", "colaboracionista" y poco dispuesto a buscar una emancipación drástica del sistema de relaciones capitalistas. La "otra revolución" no veía al pasado: no hubo una historia fabril indígena, como hubo una historia agraria indígena.

El sistema de fábrica, el maquinismo, la generalización de las relaciones sociales mediadas por el salario, eran una conquista de la modernidad. Representaban el triunfo del Hombre sobre la Naturaleza. Eran la expresión más acabada de la

Razón humana. El conjunto de relaciones sociales que caracterizaba la vida diaria en la fábrica (disciplina, autoritarismo, despotismo patronal, sentido de organización, dominio de la técnica y la materia prima) se orientaba hacia la afirmación del presente y la construcción inmanentista del futuro. El sistema de fábrica no tenía pasado y el que existía se daba fuera de él; por esto mismo, la ampliación del sistema de fábrica pasaba por su destrucción. La Revolución Mexicana se transformó en la vía maestra de la expansión y profundización del sistema fábrica.

Hacia las postrimerías del siglo XIX el pasado mexicano lo representaba la propiedad rural. Para los industrializadores y los primeros susurros de la organización obrera de la segunda mitad del siglo XIX, había una alianza de hierro entre la dictadura de Díaz y los señores de la tierra. Este era el "feudalismo" mexicano que impedía y bloqueaba el crecimiento y avance del capitalismo industrial. La imagen pesimista de los fabriquistas era sin duda parcial y exagerada, ya que ellos se estaban beneficiando largamente de las leyes, permisos y facilidades otorgadas por el régimen del "Héroe del 2 de abril"; pero tenían razón al reconocer que la hegemonía económica y política no estaba en sus manos. Eran una fuerza nueva e innovadora, pero débil. Su palanca estaba, paradójicamente, en su fuerza antagonista: el proletariado de fábrica. Entre ambas clases fue surgiendo así un ambivalente espíritu de antagonismo y colaboración. El antagonismo, dentro de la fábrica, la clase obrera lo expresaba en su oposición a las jornadas de trabajo que iban de las doce a las dieciséis horas diarias, en las protestas por la presencia de niños y mujeres en el proceso productivo, en las manifestaciones de su descontento en contra de la "esclavitud asalariada" y en contra del absolutismo patro-

nal expresado en los "reglamentos internos" de fábrica. Pero, simultáneamente, el colaboracionismo se expresaba, fuera de la producción, para "conquistar" a través de la alianza, nuevas facilidades, mejores vías de comunicación, leyes favorables a la implantación de las industrias, condiciones más amplias para obtención de créditos para la industria, etc.

La relación de empresarios y obreros —antagónica y colaboracionista— creó sus propias reglas de juego que parsimoniosa pero enfáticamente incorporó nuevos actores y figuras sociales y políticas: gobernadores, jefes políticos y militares, hacendados iluminados, intelectuales progresistas, dirigentes obreros, periodistas y profesionales urbanos, representantes diplomáticos de países extranjeros, hasta llegar al mismo Díaz y su *entourage*. Sin alcanzar un rango hegemónico —éste siguió en manos de hacendados y financieros—, los industriales pronto adquirieron una posición privilegiada en la jerarquía económico-política y en la estructura social del orden porfirista. Y los obreros, por su parte, se fueron conquistando su propio *statu-quo*, sin que existiera aún el reconocimiento jurídico a su presencia social y económica y a su peso político. En una cierta medida, el colaboracionismo salió de las fábricas y se encaramó en una esfera más compleja de relaciones sociopolíticas. Sólo las grandes huelgas como las de los ferrocarriles, la de Cananea y sobre todo la de Río Blanco, mostraron las grietas de un estatuto informal que no ofrecía garantías de estabilidad y previsibilidad a ninguna de las partes.⁵ La "Revolución maderista" daría los primeros pasos en esa dirección al fundar, en noviembre de 1911, el Departamento de Trabajo dependiente de la Secretaría de Fomento (después Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo).

El capitalismo industrial y los problemas de formación de la clase obrera

El capitalismo industrial mexicano mostró desde sus primeros años troqueles distintivos que lo caracterizarían en fases aún más avanzadas. Los sectores atrasados de la economía representaban residuos capitalistas, la "vía prusiana" que el capitalismo ha tenido que enfrentar en su desarrollo; pero representaban también los aspectos de una alianza táctica entre modernidad y tradición y, en algunos casos, aparecían como producto y/o respuesta a las tendencias más avanzadas de la expansión capitalista. Capitalismo y precapitalismo; modernización y tradicionalismo; modernidad y atraso son las dos caras de la industrialización mexicana no siempre antagónicas, a veces complementarias y en ocasiones la una generando y alimentando a la otra.⁶ Si algunos sectores atrasados de la economía fueron enfrentados y eliminados por el capitalismo en su expansión, otros se incorporaron y adaptaron como elementos orgánicos de una estrategia general que engendrabá, simultáneamente, desarrollo y subdesarrollo, capitalismo avanzado y capitalismo atrasado en sectores, ramas de producción y áreas geográficas. Fenómenos tales como la emigración, la desocupación, la subocupación, el trabajo negro y marginal, la exclusión, la pobreza, la explotación cualitativa, el mantenimiento de los vínculos con la tierra, la degradación y depresión de sectores económicos enteros y regiones geográficas completas estuvieron (y están) directamente relacionados con la explotación intensiva de hombres y naturaleza. Este conjunto de aspectos constituyeron (y constituyen) las debilidades y deformaciones estructurales de un capitalismo endeble y atrasado, subordinado y sin capacidad autopropulsiva.

Prima facis, estos aspectos tendrían un lado exclusivamente negativo. Sin embargo, para el capitalismo mexicano ofrecían también, contemporáneamente, un lado positivo que abarcaba (y abarca) un conjunto de ventajas que integraban (e integran) el campo magnético de protección y la reserva material, espacial y temporal de los sectores avanzados. De esta manera, dejaron de ser los oasis económico-tecnológicos de una "revolución industrial" tardía para devenir las puntas de diamante de una expansión capitalista afectada estructuralmente por fuertes distorsiones, desigualdades y contradicciones.

En una visión histórica de largo plazo, la creación de la fuerza de trabajo industrial ha representado para el capitalismo mexicano una conquista, el polo extremo de un proceso largo y difícil que lo ha visto enfrentarse, por un lado, a formas de producción precedentes y, por el otro, a la rebelión de los obreros mismos. Pero, también, esta misma fuerza de trabajo industrial ha significado un salto hacia adelante para el movimiento de los trabajadores, pues ha representado la incorporación a sus filas de un núcleo compacto y disciplinado.⁷ De la misma manera que el proletariado industrial pronto se transformó en el sector de vanguardia de los asalariados, la burguesía industrial también paulatinamente trató de colocarse a la cabeza del desarrollo capitalista y al frente de las luchas del conjunto de la burguesía.

Este proletariado debe ser estudiado en su formación, en sus condiciones de trabajo y de vida, en su cultura e ideología política, en sus formas de organización y de lucha. El que haya aún pocos estudios elaborados en esta perspectiva obedece a diferentes razones: al predominio de una orientación agrarista y campesinista en los ámbitos culturales; al énfasis dado por la

historiografía obrerista a los "grandes dirigentes", a las "élites del movimiento" y, en general, a los heroicos "condottieri" de las fases épicas del movimiento obrero; a la inclinación de la historiografía marxista por las instituciones y sus estrategias y a la influencia de las corrientes nacional-populistas y colaboracionistas que han subrayado los grandes momentos institucional-burocráticos y el papel de las "oligarquías burocráticas" en las organizaciones del movimiento obrero y en la conformación de la "alianza inquebrantable" de los obreros con el estado de la Revolución.

Las estrategias de lucha y las formas organizativas construidas por el proletariado fabril merecen también una atención especial frente a los saltos cualitativos que ha llevado a cabo y está realizando el capitalismo, así como por el desarrollo estatolátrico que observamos en las revoluciones populares, nacionalistas y/o nacional-populares. Se trata, sin duda, de analizar con más detenimiento a este inicial "puñado" de la sociedad, que destaca por su originalidad en el proceso histórico al colocarse por encima de otras fuerzas sociales, por su capacidad para introducir en las revoluciones políticas contenidos obreros y, asimismo, por su creatividad al plantear, por vez primera, revoluciones proletarias, hasta ahora fallidas, con contenidos anti-capitalistas, igualitarios y comunistas.

Lucha de clase y expansión internacional del capitalismo.

Reformismo y colaboracionismo de clases

Hay, sin embargo, problemas que por ahora nos exigen una mayor atención y una explicación materialista que vayan más allá de las teorías conspirativas, de las explicaciones psicoló-

gicas o, aún más, de aquellas filosofías de la historia que todo lo interpretan a través de las "traiciones" de los hombres y las organizaciones a las masas y sus movimientos. El reformismo y el colaboracionismo de clase exigen una explicación crítica y materialista ya que se trata de manifestaciones con amplia base social y no pura y llanamente de actos voluntaristas derivados del capricho individual de unos cuantos dirigentes.

La industrialización mexicana se origina en los inicios de la expansión de la fase imperialista del capitalismo (1879-1920). El capitalismo ya es un fenómeno mundial cuando en México se está afirmando una burguesía nacional que trata de establecer un proceso de industrialización en su ámbito de dominio. La industria mexicana surge, pues, protegiéndose del exterior y convocando a todas las fuerzas sociales (entre ellas y en un primerísimo lugar, a los propios obreros) para no ser aplastada por la competencia externa que posee significativas ventajas históricas: experiencia, tecnologías, capitales de inversión, mano de obra especializada, ambiente difuso favorable al maquinismo y a sus innovaciones, etc.

En México como en otros lugares, se da un proceso de "proletarización periférica" que arrastra a crecientes contingentes de mano de obra al trabajo asalariado en fábricas, talleres, minas y campos. Su integración en la división internacional del trabajo estará en función directa de los ritmos y vaivenes de la expansión imperialista y de la dinámica externa e interna de la lucha de clases.

Si el subdesarrollo es orgánico al desarrollo y no un aspecto anómalo, resulta claro que lo es no sólo en función de las ventajas que el imperialismo obtiene en el nivel económico, sino también, en el nivel de la lucha de clases. Y esta

lucha (que el capitalismo y el imperialismo han conocido a lo largo de amplias fases, y que cada vez más aparece como una realidad que se extiende de las metrópolis a los espacios periféricos) la lleva a cabo la clase obrera de más antigua formación, es decir, el proletariado industrial y los asalariados agrícolas. Estas fuerzas rebasan los ámbitos local, regional y nacional para alcanzar, ahora más que nunca, una proyección en el nivel de la estructura internacional del capitalismo.

El capitalismo se ha transformado en un sistema flexible. Quizá el más flexible de cuantos sistemas han existido hasta ahora. Este hecho le ha permitido utilizar los espacios del desarrollo y los del subdesarrollo a favor de sus intereses. Contra la lucha del proletariado que estrecha los márgenes de beneficios y cuestiona la explotación de la fuerza de trabajo en las áreas centrales, los capitalistas han desatado en sus espacios nacionales una feroz lucha intercapitalista que lleva a la eliminación de los sectores más débiles. Y, cuando esto no es posible, utilizan las áreas periféricas como armas contra el proletariado metropolitano, recurriendo al chantaje de la desocupación, de la crisis, del despido, de la transferencia geográfica de las fábricas, de la reducción salarial, etcétera. El capitalismo se expande a golpe de lucha de clases. Esta actúa como el principal motor de la expansión geográfica y de la profundización cuantitativa y cualitativa de las relaciones sociales de producción capitalista.

No existe una voluntad abstracta favorable a la inversión, por parte de los capitalistas de las metrópolis, como resultado de una racionalidad pura a favor de la ampliación del dominio burgués sobre la fuerza de trabajo. Lo que ha estado presente, y sigue estando presente, es el conflicto clasista como resorte

de la acumulación primitiva y ampliada en las áreas geográficas del "subdesarrollo".

Se nos dice de considerarnos satisfechos porque no somos pobres como el harapiento campesino irlandés que padece un sistema aún más oneroso del que nos aflige —expresaba el obrero inglés de hace un siglo. Pero, en verdad, estamos destinados a sufrir a causa de los campesinos irlandeses: llegan en masa como inmigrantes y disminuyen el precio de nuestro trabajo.⁸

La ampliación geográfica del capitalismo en sus fases más modernas, ha creado polos privilegiados y una puntillosa jerarquización interna del proletariado con una "aristocracia obrera" en su cima; también ha dado origen a una aristocracia de latón y a explotados dorados; asimismo, ha generado una amplia base social de apoyo que ha otorgado al sistema su consenso y ha dado origen a inéditos experimentos en el campo social y político, como el del reformismo y el del colaboracionismo de clases. No se trata, de nueva cuenta, de una racionalidad fundada en un abstracto progresismo social, sino más bien del precio que el capital debe pagar a la presión y fuerza del proletariado y al que se ha bautizado con el nombre de progreso. Otra vez, el conflicto ha generado una nueva racionalidad y un nuevo *ethos* en el funcionamiento y en el arreglo global de la sociedad capitalista.

El caso de la acumulación en México es un ejemplo de la relación explotado-explotador, en donde el capitalismo arrastra al proletariado industrial. Sin lugar a dudas, el proletariado industrial mexicano era privilegiado con respecto a la masa de desocupados, de inmigrantes y de subocupados que presionaban directa o indirectamente

en las puertas de fábricas, talleres y minas. La relativa seguridad y continuidad de trabajo, es decir, el contar con la garantía de una relación de explotación relativamente estable, tal y como se presenta en las principales ramas de producción, tenía un precio que pagaban las áreas rurales, el trabajo a domicilio, los subocupados urbanos y los espacios marginales a los polos claves de la industrialización (Veracruz, Tlaxcala, Puebla, Ciudad de México, Guadalajara, Querétaro, Monterrey, Torreón, la Huasteca, etcétera).

En los movimientos nacionales e internacionales del capitalismo, se creó una dinámica compleja en la figura del proletariado industrial: explotado del capital, devenía cómplice inconsciente de éste sobre las áreas débiles del mercado de trabajo y de consumo en los circuitos económicos nacional e internacional. Así, el proletariado industrial debía parte de su situación relativamente privilegiada a las precarias condiciones de existencia de peones y desocupados; pero éstos, a su vez, constituidos en un ejército industrial de reserva potencialmente enorme, en las manos del patrón se transformaban en armas de chantaje para reducir el precio de la fuerza de trabajo. Con todo, el mercado de trabajo de las zonas rurales de México antes de la Revolución, aparecía como un ejército de reserva puramente potencial ya que se trataba de trabajadores del campo "atados" a la tierra.

Esta circunstancia provocó, a finales de la primera década de este siglo, una fuerte rigidez en el mercado de trabajo que favoreció relativamente a los trabajadores de la industria,⁹ y digo que los favoreció relativamente, porque las limitaciones estructurales del mercado interno no permitían ampliaciones significativas en la producción y diversificación de mercancías.¹⁰

El discurso sobre la peculiar figura proletaria creada por la dinámica nacional del capitalismo vale, en el mismo sentido de lo que señalábamos en el párrafo anterior, para las relaciones capitalistas en el ámbito internacional: el proletariado mexicano compite con el proletariado plurinacional pobre de Estados Unidos y de los países fuertes de Europa, y, a su vez, es utilizado por los patrones para chantajear y reducir sus reivindicaciones salariales y laborales.

Desde esta perspectiva, conceptos como "aristocracia obrera", "subdesarrollo", "intercambio desigual" (que incluso aquí hemos utilizado para "entendernos" sin entrar en mayores explicaciones) no tienen mayor significado si se abandonan las dimensiones internacional y clasista del capitalismo, y se le quiere analizar desde una óptica geográfico-nacional. La perspectiva internacionalista ha sido sugestiva y ha permitido romper la lógica unilateral del discurso obrerista al ofrecernos el ángulo visual de las metrópolis capitalistas, poniendo al descubierto las limitaciones de la percepción chauvinista presentes en las tesis nacional-populistas. Sin embargo, sin un sólido fundamento clasista, la perspectiva internacionalista nos ofrece instrumentos teóricos y conceptuales fragmentarios, con una utilidad parcial para entender la complejidad de las nuevas relaciones en que se encuentra capturado el obrero industrial en el sistema capitalista e imperialista.

En el México de los albores del siglo XX, sólo Ricardo Flores Magón percibió la novedad de los cambios que se operaban en la relación imperialismo-nación y de qué manera, por encima de las fronteras, se universalizaba la condición de los asalariados. Por lo mismo, entendió que el discurso nacional-populista era un proyecto que limitaba la acción combativa de la clase, enclaustrándola en el teatro de la

nación en lugar de tener al mundo como escenario.¹¹ Empero, en esta fase de expansión del capitalismo, la ideología nacionalista se impuso aplastantemente por sobre las distinciones de clase. La universalización del capitalismo provocaba, paradójicamente, el fortalecimiento de los nacionalismos a través de una articulada y compleja red de relaciones internas de clase. El reformismo y el colaboracionismo de clases aparecieron como las nuevas formas de ser de la burguesía y del proletariado, sentando las bases de un acuerdo estratégico de larga duración, no exento, sin duda, de contradicciones y rupturas, como las que en diferentes momentos dejaron ver los sectores obreros más avanzados al desplegarse como una fuerza autónoma,¹² no subalterna a la lógica económica del capital y/o a la lógica política del estado.

Las nociones de "subdesarrollo" e "intercambio desigual" nos ofrecen, pues, una abstracción limitada, ya que dejan fuera el estudio de las condiciones de vida y de trabajo del proletariado industrial, así como sus modalidades, sentido y dirección en que se desarrollan los elementos esenciales de la condición obrera. Sin esta orientación, la relación capitalista parece existir sólo en el nivel de la distribución del ingreso y de los patrones de consumo, y no permite aprehender los elementos objetivos unitarios sobre los cuales construir nuevas dimensiones subjetivas entre las clases que rebasen los ámbitos de la fábrica y de la nación, es decir, que se coloquen por encima del mercado capitalista para comprender el modo de producción y su manera de estructurarse, desestructurarse y reestructurarse.

La organización obrera. Algunas consideraciones

El movimiento obrero ha considerado a su orga-

nización no como un resultado espontáneo sino como una formación histórica continua, a la que sucesivas generaciones de militantes han contribuido con su experiencia y capacidad de renovación.

La columna vertebral de la organización obrera, inventada con la aparición de la fábrica, ha sufrido toda clase de vicisitudes: cambios, crisis y reformulaciones. Empero, en lo fundamental, ha resistido a lo largo del tiempo a diferentes metamorfosis histórico-políticas, internas o externas a la experiencia de los trabajadores industriales.

Una ruptura irreversible en la organización de la clase trabajadora tuvo lugar, sin embargo, en el pasaje de la hegemonía anarquista y anarcosindicalista a la que representaron las tendencias socialista, reformista y colaboracionista; de entonces a la fecha no ha habido modificaciones de fondo.

Ahora bien, la organización que ha inventado el proletariado industrial dentro y fuera de la fábrica, ha alcanzado éxitos notables en el corto y el largo periodos en la defensa de los derechos elementales y en la lucha contra el mando económico; sin embargo, no ha sido así en sus enfrentamientos con el comando político. Las sociedades de ayuda mutua y de resistencia, las cámaras del trabajo, los sindicatos y federaciones de oficio, etcétera, son formas de organización que han manifestado una enorme capacidad de permanencia, que han mostrado su gran e insustituible validez en la defensa de los intereses de los trabajadores y en la conquista de mejores y más dignas condiciones de vida; pero, en términos generales, desaparecieron o perdieron fuerza y eficacia cuando la lucha proletaria se planteó en un terreno político más complejo, o cuando la lucha reivindicativa tanto económica como política, se transformó en lucha por el poder.

En el periodo que nos ocupa, las sociedades mutualistas y las organizaciones anarcosindicalistas otorgaron al artesanado y al proletariado industrial una calidad indiscutible, ya que lo transformaron en pocos años en un protagonista de la vida económica y política del país y en la vanguardia del trabajo asalariado. Al mismo tiempo, sin embargo, cuando se elevó el nivel de los enfrentamientos clasistas entre 1906 y 1908, empezaron a modificarse las reglas del juego político con una cada vez más intensa participación del estado en los conflictos obrero-patronales, aquellas organizaciones resultaron de hecho insuficientes y sus programas ideológicos quedaron anclados en las experiencias del pasado.

El problema de la organización es fundamental para entender la capacidad que los trabajadores despliegan con el fin de rebasar su condición material de pura fuerza de trabajo y manifestarse, por lo tanto, frente a los capitalistas y el capitalismo.

¿Cuáles son las raíces de clase de las formas de organización del proletariado mexicano durante el periodo que nos ocupa?, ¿son organizaciones que responden a un proletariado altamente calificado o a un obrero tipificado como trabajador "genérico", es decir a un tipo de obrero descalificado o de "masa"? ¿se trata de una organización que responde a una real "aristocracia obrera", con una fuerte vocación "colaboracionista" o a una fuerza proletaria agresiva, violenta y eversiva en las luchas de fábrica o de rama de producción, pero incapaz de formular un proyecto organizativo nacional alternativo?

Sin pretender dar aquí una respuesta definitiva, valdría la pena hacer algunas reflexiones. Ante todo, tratamos de evitar una especie de "sociologismo" obrerista al buscar una inmediata

equivalencia entre la composición social y la forma de la organización: a tal composición social = tal organización. Se trata de realizar una operación más compleja: sin olvidar los fundamentos materiales de una determinada forma de organización del proletariado, introduciremos el concepto de *composición política* para definir una específica capacidad subjetiva que el proletariado tiene para transformar su realidad social. En otras palabras, se trata de la capacidad colectiva, de la "inteligencia social" que el proletariado tiene para trastocar su condición objetiva de elemento imprescindible de la relación social y económica capitalista, en fuerza social más contradictoria y con mayor capacidad antagonista a esa forma histórica de organizar la producción y la reproducción de la vida social. De este modo, una historia del proletariado industrial mexicano del periodo 1910-1918, debe explicar el pacto de la Casa del Obrero Mundial con Carranza en 1915, la huelga general de la ciudad de México de 1916, la huelga general de los textiles de Puebla y Tlaxcala de 1918 y, en general, el ambiente de movilización obrera que privó de 1915 a 1918. Algunas palabras al respecto.

Los años de 1908 a 1920 son cruciales para entender la transformación del sistema político mexicano heredado de la *pax porfiriana*. Consideremos, en efecto, que tales modificaciones no se logran aprehender plenamente sin seguir de cerca la acción *social* del proletariado como fuerza de trabajo, y su acción *política* como clase obrera, es decir, como fuerza social organizada que, emancipándose de su propia materialidad se expresa como voluntad política *dentro y fuera* de la fábrica: en la huelga fabril y en la huelga general, en el sabotaje y en la organización política, en el "tortuguismo" y en el organismo sindical.

Al concluir la dictadura de Díaz, el proletaria-

do mexicano descubrió una especie de primavera política: luchó por su organización, por mejoras económicas y la reducción de la jornada de trabajo, así como a favor de mejores condiciones laborales dentro de la fábrica. La usurpación huertista y la respuesta del constitucionalismo norteamericano desembocaron en una guerra civil de proporciones nacionales. La guerra rompió con la relación campo-ciudad, afectando violentamente a esta última. Entre los sectores urbanos: la pequeña burguesía comercial e industrial, los profesionistas liberales, los trabajadores de los servicios, los artesanos y el proletariado industrial se vieron seriamente afectados en sus niveles de vida, por lo que cada uno, de acuerdo con su capacidad de negociación, trató de recuperar los márgenes de subsistencia que la inflación achicaba al erosionar rápidamente la capacidad adquisitiva real de sus ganancias y salarios. El proletariado de fábrica convirtió a los patrones privados en responsables de las disfunciones del sistema, iniciándose una guerra sin cuartel de clase contra clase que, hasta 1915, se encontró con la otra guerra que, al mismo tiempo, tenía lugar entre constitucionalistas y convencionalistas.

El pacto de la Casa del Obrero Mundial con el constitucionalismo unió dos guerras: la de clases en las fábricas y la de las facciones por la conquista del poder político. Y uno y otro contratantes del pacto buscaron prevalecer sobre su contrario, como condición para extender su hegemonía sobre el resto de la sociedad. La fuerza del constitucionalismo, con toda la potencia que le otorgó la creación de un frente interclasista, prevaleció sobre el interés particular de los comistas, cuyo intento se concluirá con su subordinación al nuevo organismo político que comenzó a fungir como la figura directriz del proceso de desarrollo capitalista en México. Y cuando la COM se dio cuenta de las implica-

ciones futuras del pacto, hará todavía un último intento para salvar la autonomía de la organización frente al nuevo estado. El intento, sin duda generoso, terminará con la dispersión de la organización más importante que la experiencia política del viejo proletariado mexicano había logrado cristalizar entre 1912 y 1916. Y aunque es cierto que la COM no era toda la clase (se encontraban fuera de ella los representantes de los sectores más modernos, es decir, los propiamente fabriles: hilados y tejidos, fundidoras, etcétera; de las actividades extractivas: petróleo y minería; de energía: electricidad; y de transportes: ferrocarriles), la verdad es que tampoco estos últimos lograron imponer un giro político diverso que les permitiera alcanzar mayores márgenes de autonomía frente al avance creciente de las nuevas fuerzas sociales del capitalismo.

El pacto COM-Carranza no será, empero, el fin de la clase bajo el imperio de las nuevas relaciones políticas. Las huelgas generales de 1916 en la ciudad de México, y de 1918 en Puebla y Tlaxcala, serán las que obligarán al nuevo estado a pensar, no en la reestructuración del acuerdo con la COM (el que, a fin de cuentas, constituía un organismo creado y pensado por los mismos trabajadores), sino en la formación de un órgano que, teniendo funciones propias de las organizaciones obreras, no fuera el resultado de la acción autónoma de la clase. De esta manera se tratará de enajenar a la clase su derecho a construir una organización de defensa y ataque, intentando concluir, en plena Revolución, lo que Díaz apenas esbozó de 1906 a 1908: cancelar el conflicto de clases. Sólo que el dictador trató de hacerlo a través de la destrucción de la fuerza de trabajo; Carranza, por su parte, y poco más tarde con mayor claridad Obregón y Calles, entendieron que la eliminación

de la fuerza de trabajo afectaba directamente a la mecánica de producción y reproducción de la sociedad capitalista, por lo que buscaron destruir más bien su autonomía como clase obrera, como fuerza contradictoria y antagonica al capital. Se trataba, pues, no de eliminar la lucha de clases, sino de institucionalizarla y encauzarla. El sindicalismo devino así proyecto político estatal para eliminar las franjas de la autonomía obrera, controlar los movimientos de la fuerza de trabajo dentro y fuera de la fábrica, y neutralizar a los patronos que se oponían al proyecto económico y político de la Revolución Mexicana.

Hacia una historia social de clase

Una tarea de la historia social de la clase obrera es la de percibir y rastrear el proceso de transformación organizativa allí donde se manifiesta con el objeto de entenderlo y aprehenderlo; así, habrá que estudiarlo y analizarlo en relación con la estructura social y la composición de clase, con una concepción de la lucha y del poder y con una teoría de la organización política y del estado.

Desde este punto de vista, la historia social de la fuerza de trabajo industrial no puede ser sólo una historia sindical y/o política, debe ir más allá de la historia del movimiento obrero entendida como historia de las instituciones (sindicales y/o políticas) y como historia de las ideologías y las estrategias (sindicales y/o políticas). La complejidad de la relación social en que se encuentra inmerso el proletariado industrial obliga a formular una historia social de clase. Es necesario rebasar lo puramente sindical y el institucionalismo formalista para analizar a la clase en la relación de producción y en la relación de poder.

La historia social de clase no es sólo una historia de la composición de clase; es también la historia de la producción económica como producción y reproducción de clases y como relación de poder. Desde esta perspectiva se pueden analizar críticamente la "objetividad" del desarrollo y del proceso productivo, las modificaciones que el capital impone en el modo de ver, pensar y sentir de los trabajadores. Se puede estudiar, asimismo, el desarrollo (el progreso) y los efectos de la explotación en lo físico y psicológico, en lo individual y colectivo; y se abren perspectivas para estudiar la formación de una conciencia alternativa con la experiencia de las luchas, la organización y la formulación de estrategias orientadas a construir nuevos usos del poder político.

Con esta orientación, las investigaciones realizadas hasta ahora sobre la clase obrera y el movimiento obrero constituyen ya un invaluable patrimonio, pues se pueden recuperar y utilizar críticamente no importando el ámbito sectorial que hayan privilegiado (sindical, político, económico, institucional, etc.). Asimismo, ofrece la oportunidad de rearticular a las distintas disciplinas sociales (economía, sociología, tecnología, organización del trabajo, psicología de masas, medicina social, etc.) y analizar con otro enfoque momentos de clase alternativos (anti-estatales, de conciencia, éticos, militares, organizativos, de lucha, etc.) que de otro modo permanecerían ocultos como momentos insignificantes en el proceso —aparentemente sin contradicciones— de las formas productivas y político-sindicales.

Todas las fuentes son importantes para esta historiografía. La cultura proletaria, con sus

grandes dosis de eversión y anti-estatalismo, anticademicismo y sentido común, lleva a utilizar las llamadas fuentes "menores" y "partidistas", "clasistas" y "particularistas" elaboradas durante la lucha y que no son otra cosa que el análisis elaborado por la clase obrera sobre sí misma y sobre las relaciones de producción y de poder, en y fuera de la fábrica.

A través de estas "nuevas" fuentes es posible agrupar y utilizar los testimonios dispersos que sobre la condición obrera (mistificada, escondida o no percibida por las estadísticas y las encuestas oficiales) han elaborado y denunciado los trabajadores mismos. Gracias a ellos es posible articular los fragmentos de su concepción del poder, tal y como resultan de sus expresiones culturales, éticas, costumbristas y militantes —en el campo político y sindical—, que muchas veces no tienen nada que ver con el "modelo ideal" que de los trabajadores se han hecho las instituciones, las llamadas "vanguardias históricas" y los intelectuales.

La historia social debe ser ante todo una ciencia crítica de lo real y ciencia del poder, ya que busca evaluar la compleja realidad de las transformaciones sociales a través del conflicto, la organización y los resultados cognoscitivos de que son portadores los movimientos de masa.

Una palabra más. La investigación historiográfica no puede, sin embargo, crecer y avanzar —so peligro de caer en una nueva construcción ideológica colocándose, una vez más, como una vanguardia de holografía— si contemporáneamente no crece y avanza el movimiento social, único que podrá evaluar si la ciencia social construye hipótesis o hipóstasis.

1 "...la producción capitalista sólo comienza, en rigor, allí donde el mismo capital individual emplea simultáneamente una cantidad de obreros relativamente grande y, en consecuencia, el proceso de trabajo amplía su volumen y suministra productos en una escala *cuantitativamente* mayor. El operar de un número de obreros relativamente grande, al mismo tiempo, en el mismo espacio (o, si se prefiere, en el mismo campo de trabajo), para la producción del mismo tipo de mercancías y bajo el mando del mismo capitalista, constituye histórica y conceptualmente el punto de partida de la producción capitalista." Karl Marx, *El capital, Crítica de la economía política*, trad. de Pedro Scarón, México, Siglo XXI, 1975, 1, 2, p. 391.

La fecha de nacimiento de la producción capitalista coincide con la fecha de alumbramiento de la clase obrera y de la fábrica moderna. Estos tres elementos son inescindibles en el modo de producción capitalista. Sin embargo, para nosotros apenas aquí empiezan los problemas, ya que el de los capitalistas fue el de crear una clase obrera, de domarla a un ritmo de trabajo regular e ininterrumpido, radicalmente distinto al que estaba acostumbrado el trabajador independiente y el campesino, de sujetarla a la lógica y a la "objetividad" de la máquina y del proceso productivo, de obligarla a aceptar la realidad de una revolución (primero económico-tecnológica y después política) que genera nuevos poderes y nuevos poderosos y, en última instancia, un estado del que inicialmente aparecía ajena y ulteriormente alienada.

El problema deviene aún más complicado cuando a esa clase obrera se le obliga a actuar exclusivamente como *homo economicus* cuando es algo más que "economía", es decir, es también "valores". El hombre individual y colectivo subordinado a la "objetividad" del capitalismo no era, ni es, una *tabula rasa*; era, y es, un *homo axiologicus* y como tal queremos verlo.

2 Me refiero aquí al "sistema de valores" en el mismo sentido que E.P. Thompson da a la expresión: "...hay un 'silencio' en relación a mediaciones de tipo cultural y moral, a los modos en que el ser humano está imbricado en relaciones especiales, determinadas, de producción, el modo en que estas experiencias materiales se moldean en formas culturales, la manera en que ciertos sistemas de valores son consonantes con ciertos modos de producción, y ciertos modos de producción y relaciones de producción son inconcebibles sin sistemas de valores constantes. Uno no depende del otro. No existe una ideología moral perteneciente a una 'super-estructura'; lo que hay son dos cosas que constituyen las dos caras de la misma moneda (...) En mi trabajo me han interesado especialmente los valores, la cultura, el derecho, y esa zona donde la elección que se llama generalmente elección moral, se hace manifiesta". E.P. Thompson, "Historia social, historia marxista", en *Monthly Review*, Vol. 2, No. 4, Noviembre de 1978, p. 57.

3 Cfr. Luis Chávez Orozco, *Revolución Industrial, Revolución Política*, México, D.A.P.P., 1937, pp. 9-11 y 60-73; Fernando Rosenzweig, "La industria", en Daniel Cosío Villegas (ed.),

Historia moderna de México, El Porfiriato, Vida económica, vol. 7, México, Edit. Hermes, 1965, pp. 322-323 y 325; Donald B. Keesing, "Structural Change Early in Development: Mexico's Changing Industrial and Occupational Structure from 1895 to 1950", en *The Journal of Economic History*, Vol. XXIX, No. 4, Dic. 1969, pp. 720 y 721-726; para este concepto específico de revolución industrial y sus implicaciones teóricas e históricas, cfr. José María Calderón, *Formación del proletariado industrial y la Revolución Mexicana*, México, CELA-FCPyC, 1983, pp. 10-15.

4 Arnaldo Córdova escribió sobre Ricardo Flores Magón un juicio que comparto plenamente: "...el combatiente revolucionario que mejor representó los intereses de las masas... fue también el dirigente más aislado y divorciado de las propias masas en un nivel nacional y hasta local. Y lo más sintomático es que mientras mejor representaba sus intereses mediatos en una clara proyección hacia el futuro más y más se alejaba de las masas". En *Ideología de la Revolución Mexicana*, México, ERA, 1972, p. 144.

5 Rafael de Zayas Enríquez, *Apuntes confidenciales al presidente Porfirio Díaz*, México, 1967.

6 F. Rosenzweig, *op. cit.*, p. 320-322.

7 "La clase obrera leía periódicos, desarrollaba sociedades de ayuda mutua y se rebelaba a sus patrones... De las filas del trabajo provenían los agitadores políticos", Jorge Vera Estañol, *Historia de la Revolución Mexicana; orígenes y resultados*, México, 1967, p. 91.

8 T. Hodgskin, *Difesa del lavoro contro le pretese del capitale*. En G. Bianco y E. Carli (ed.), *La tradizione socialista in Inghilterra. Antologia di testi politici, 1820-1852*, Turin, 1970, p. 43.

9 F. Rosenzweig, *op. cit.*, p. 327.

10 Ya desde 1871, Guillermo Prieto, y en 1908, Andrés Molina Enríquez, opinaban que: "el límite de detención de todas las industrias de consumo interior ha sido y es siempre el de la capacidad compradora de nuestra masa social". Con excepción de la industria azucarera, que contaba con mercado exterior, casi todas las demás industrias padecían "una crisis crónica y progresiva", *Ibidem*, pp. 330-331.

11 Ricardo Flores Magón escribía a principios de 1911: "Compañeros de todas las naciones: la Revolución Mexicana es un acto de la grandiosa tragedia que tarde o temprano tendrá como escenario la superficie de toda la tierra. Nuestra lucha es la lucha vuestra; nuestro problema es vuestro problema. Es el problema del pan que las revoluciones políticas han dejado insoluto", en "Atila a las puertas de Roma", *Regeneración*, 11 de marzo de 1911, en Salvador Hernández, *El magonismo: historia de una pasión libertaria, 1900-1922*, México, ERA, 1984, p. 144.

12 Esperanza Tuñón, *Huerta y el movimiento obrero*, México, Eds. El Caballito, 1982, p. 103.

